



Un conjunto de informaciones periodísticas dan como inminente el envío de tropas españolas de combate a Guinea Ecuatorial.

LA razón que pudiera esgrimirse de defensa de los intereses españoles es enormemente precaria. Guinea Ecuatorial se independizó bajo el régimen anterior, y los intereses españoles, en propiedades, hombres y sociedades, fueron absolutamente pisoteados y destrozados sin que se enviara un solo soldado en su defensa; peor aún, los colonos de entonces fueron abandonados por el Gobierno español cuando regresaron a España, sin ninguna ayuda eficaz. Lo que se trate de recuperar ahora no podrá hacerse por otros medios que no sean los diplomáticos y los de negociación. Hay un enorme campo abierto en ese sentido. La reciente visita a Malabo de una delegación española presidida por el ministro de Economía y las continuas visitas españolas a Guinea —ha sido necesario habilitar un barco de la Trasmediterránea, el "Ciudad de Pamplona", como hotel flotante, vistas las escasas comodidades locales y las necesidades de ellas de nuestros aguerridos negociadores— han establecido una serie de puntos interesantes: caladeros de pesca, investigación petrolífera y minera, ayuda a la recuperación de las producciones de cacao, café y madera, envío de asesores y técnicos, posibilidades de turismo... Esa es una vía válida que puede ayudar a la restauración del país asolado por el vándalo Macías y puede repercutir, simultáneamente, en la economía española. Pero ni un paso más.

HAY otra idea muy débil para justificar el envío de fuerzas expedicionarias. Es la que ha expuesto el ministro de Industria de Guinea Ecuatorial, en un reciente viaje a Canarias: proteger al Rey de España en su próxima visita —el 13 de diciembre— a Guinea. Si la visita del Jefe del Estado español, que por circunstancias históricas y personales muy especiales en este momento supone un punto de equilibrio para toda la vida política española, ofrece el más leve riesgo, deberá ser suspendida o aplazada. Lo que se está haciendo para mostrar la amistad de España con Guinea Ecuatorial, lo que haya podido hacerse ya en favor del cambio de régimen, es más que suficiente. No hacen falta demostraciones. Cubrir un posible riesgo con el envío previo de infantes de Marina y de legionarios, a pesar de la eficacia de esos especialistas, parece una temeridad.

ACEPTEMOS que toda esta cuestión de las fuerzas expedicionarias no sea más que la forma de inflamar un tema más para los partidarios de ciertas cabalgaduras políticas. Hace falta que estos rumores se disuelvan, que se disuelvan con toda claridad y con toda solvencia. Las guerras de Africa del siglo XIX y principios del XX no son, felizmente, repetibles ya. Ni hay intereses coloniales que favorecer, ni hay compromisos constitucionales que nos obliguen. El fondo de la aventura podría ser demasiado trágico como para no precipitarse a desmentir no sólo que se está preparando esa operación, sino que ni siquiera en el más duro de los casos para Guinea se intentaría. ■

REQUIEM POR TRES VIEJAS DAMAS

DONNA Rachele, Mamie, tante Yvonne han muerto ahora, con días de diferencia. Noviembre se lleva ancianos, incluso ancianas, que son más resistentes. Estas damas fueron las acompañantes de tres protagonistas de su tiempo —Mussolini, Eisenhower, De Gaulle— y les sobrevivieron. Nuestra especie es una especie de viudas. Viéndolas ahora perderse en el gran infinito se piensa en cómo la gente termina por ser algo más que ella misma: su arquetipo. Donna Rachele, recatada y entutada, silenciosa, borrosa, era la italiana que se resigna a que el papel brillante lo ocupe el marido y, junto a él, la esplendorosa amante del marido, y termina diciendo que la perdona "de todo corazón". Mamie Eisenhower era viva, activa; gobernaba la Casa Blanca, era la dominante y omnipresente ama de casa americana junto al marido de imagen sonriente, bonachona y un poco perdido en un cargo que nunca debió ser suyo. Yvonne de Gaulle era la tía —tante Yvonne— de todos los franceses, de los que su marido quería ser el padre —y no le dejaban—. Inauguraba exposiciones, visitaba niños desvalidos, ordenaba la compra y la cocina con el chef del Elíseo y subraya con suave elegancia —estaba obligada a vestir en las grandes casas francesas— la "grandeur" del hombre que llegó a creerse que era Charles de Gaulle.

El poder de la imagen en nuestro tiempo es alucinante. No sólo llega a convencer al público de que los protagonistas son como la propia imagen desea, sino que convence a los propios protagonistas. Hasta Hitler tuvo que someterse a conservar su cepillito entre la nariz y el labio y peinar cuidadosamente su flequillo; Stalin estuvo atusando su bigote hasta el día de su muerte. Quién sabe si hubiesen perdido su poder si un día hubieran decidido afeitarse. Habrían mostrado unos rostros lampiños, insulsos, sin los atributos externos del líder. Terminaron siendo el retrato de sí mismos. El cigarro de Churchill, el sombrero de alas anchas y la capa española de Roosevelt fueron imprescindibles para ganar la guerra. La rosa blanca del Pandit Nehru, la barba silvestre de Fidel Castro, la guerrera de Mao. O la bufanda roja de Umbral, o la gorra de marinero en tierra de Alberti. Quién sabe qué se puede convertir en emblema, en imagen. Cuando, la semana pasada, los jóvenes derechistas de Houston se manifestaban para pedir el asalto al Irán, entre sus pancartas había varias con la imagen de John Wayne tocado con el sombrero tejano, el famoso "Stetson" (al fondo, el toque de carga del Séptimo de Caballería), tan famoso como el paraguas que Mr. Eden no pudo abandonar jamás después de haberlo blandido como un símbolo civil frente a los cañones de Hitler.

Atrezzo, vestuario, decorado para el gran teatro del mundo. Y, en la cabecera del cartel, las grandes damas representando sería, trágicamente sus papeles: Donna Rachele, tante Yvonne, Mamie Eisenhower... ■

POZUELO